# ¿Los jóvenes… centinelas del mañana?

## Domingo 23 ordinario o8

En un recorrido por Polonia, una visita obligada es a la torre de una de sus catedrales. Frente al templo se agrupan los turistas del día, y en punto de las 12, aparece en la parte más alta, un militar que toca un solo de trompeta. Pero de pronto, después de unos cuantos compases, la melodía se ve interrumpida y el hombre se aparta de la torre. Este rito es una conmemoración y un homenaje al centinela que dio la voz de alarma para prevenir a la población del ataque del enemigo, pero con la mala suerte de que el primer tiro disparado fue precisamente contra él que murió al instante, pero su pueblo pudo salvarse.

Esa es la función del centinela, agradable figura que vigila mientra el ejército o la ciudad duerme descansando antes de entrar en combate. La actitud del centinela tiene que ser una actitud de vigilante espera. Si el centinela se duerme, el enemigo puede atacar y hacer pedacitos a su propio ejército. Él tiene que estar atento, vigilando las costas y todos los movimientos del enemigo.

Tan es así atractiva la figura del centinela, que los profetas en Israel tomaron su figura para hablar de la misión a la que los enviaba el Señor. El profeta estaba llamado a observar los acontecimientos e interpretarlos a la luz de la Palabra de Dios; el profeta tenía que advertir a los hombres del peligro que les acechaba si insistían en su letargo y en vivir en pecado, lejos de la voluntad siempre amorosa del Dios de Israel, cosa no siempre grata.

Pero algo muy importante. El centinela daba la voz de alerta y el ejército mismo se encargaría de tomar en sus manos la defensa de su campo o de su nación. El podía decir sencillamente que ya había cumplido con su cometido. El profeta no, él no solo debía anunciar la voz de Dios, y luego a descansar. No. Él tenía que seguir más adelante, no sólo anunciar, sino convencer a los hombres que lo que él anunciaba no eran palabras suyas, sino la voz misma del Señor a través de sus palabras y de su actitud. E incluso, el profeta debería responder con su propia vida de la muerte de aquellos a los que él había sido enviado, si no había sido tan claro y tan convincente en su predicación. De hecho, muchos de los profetas murieron acribillados, apedreados, por la dureza de corazón de los judíos cerrados en su nacionalismo absurdo, en su situación de privilegio y en su injusticia. En este punto será interesante conocer expresamente el texto del Profeta Ezequiel, que será proclamado este domingo en toda la Iglesia:

“Esto dice el Señor: “A ti, hijo de hombre, te he constituido centinela para la casa de Israel. Cuando escuches una palabra de mi boca, tú se la comunicará de mi parte. Si yo pronuncio sentencia de muerte contra un hombre, porque es malvado, y tú no lo amonestas, para que se aparte del mal camino, el malvado morirá por su culpa, pero yo te pediré a ti cuentas de su vida. En cambio, si tú lo amonestas para que deje su mal camino y él no lo deja, morirá por su culpa. Pero tu habrás salvado tu vida”.

En verdad que siempre ha sido difícil el papel de profeta y lo es también el día de hoy. Cuando se debaten tantos problemas morales, cuando se desbordan las pasiones y la violencia, cuando el mal se enseñorea de los medios de comunicación, cuando se aprueban leyes contra la vida humana, cuando a los viejos se les aísla y se pretende darles una muerte dulce, para el Papa y los obispos, los nuevos profetas, el urgente trabajo de anunciar a los hombres la Palabra de Dios no es fácil. Sobre ellos caen la avalancha de críticas, el odio, la aversión y el cinismo.

Pero no nos imaginemos que en la Iglesia los pastores, el Papa, los obispos y los sacerdotes son los únicos centinelas y profetas de nuestro siglo.

Todos los que tienen autoridad en cualquier ámbito, pero los padres de familia en primerísimo lugar son los que tienen que hablar en fuerte y en alto en nombre del amor de Dios en el seno de la familia. Pobres de los padres si doblan la toalla o la tiran al suelo, toda la familia se enfermará y morirá acribillada por tantas tormentas y enemigos que la acechan el día de hoy. Los padres no pueden dejar a sus hijos sin dirección, sin timón, sin un rumbo al cual deban orientar sus propias vidas. Urgen padres que con su vida primero y con su palabra después sepan guiar a sus hijos, usando las dos manos, la del amor, la del cariño, la de la comprensión, pero también la mano fuerte, dura, oportuna y leal para cada uno de ellos.

Pero hoy, con una población eminentemente juvenil, también los jóvenes tienen que ser centinelas y profetas de sus hermanos los jóvenes. Ya se los pedía Juan Pablo II: “Vigilad”, llamad a otros jóvenes a la fe, a la purificación interior, al silencio en medio de tantos ruidos, a la bondad y el servicio frente al egoísmo al que nos hemos habituado, a la castidad y la limpieza de corazón en un mundo de pasiones desordenadas. Llamad a los jóvenes, llamadlos por compasión, a vivir en el recato, como decía alguien, pídele a tu novia que no enseñe el ombligo y al novio pídele que ya no enseñe la marca de los calzones, para elevar la mirada del vientre, hasta el nivel de los ojos para caminar juntos en la misma dirección al amor, a la entrega, al servicio, a la salvación. Benedicto XVI , llama también a los jóvenes “centinelas del mañana” que tienen que advertir que Cristo no ofrece derrota, desilusión, fracaso y negación, sino vida, Vida con mayúscula, paz, alegría, salvación y resurrección.

Pbro. Alberto Ramírez Mozqueda